

cueros alternando quejidos con maldiciones, jurando perseguir á muerte á su pariente que había sido tan extremoso en despedirse, el dicho pariente recibió uno de los tiros que soltó D. Gaspar en una pierna, y lo llevaba su compañero en la silla escuchando ya quejidos y ya blasfemias contra el viejo zorro que traidoramente le dijo el último adiós con un par de balazos.

Pepe y Astucia con el aparato con que llegaron á la Soledad siguieron su camino para San Isidoro. — Dime, Pepe, preguntó su jefe, ¿y qué pito vamos á tocar al pueblo? ¿no hubiera sido mejor descansar y continuar á la noche nuestra marcha? — Precisamente eso vamos á hacer, con diferencia de que seremos mejor atendidos, dormiremos tranquilamente, y les daremos tiempo á esos pícaros para que se larguen en sana paz, no les ha de haber hecho buen estómago lo ocurrido, quién sabe cuántos serán, y quién quita que nos pusieran una emboscada ó nos sorprendieran en el mismo rancho para no largarse á pie y manivacios; es necesario vivir siempre muy desconfiados de esta canalla, á lo que se agrega que quiero que conozcas á Manuel y á su familia que son nuestros telégrafos, á su cuñadita que puede ser que venga á tener un parentesco inmediato con nosotros, es una rancherita de todo mérito, tan virtuosa como mujercita, y con una carita y unos ojos capaces de hacer perder los estribos al sursumcorda.

— Explicáte, Pepe, y no me empieces con misterios. — Pues escucha. Manuel es un pobre contrabandista que tuvo nuestro propio giro, yo lo conocí hace cinco años largos, tenía su proporcioneilla y la iba medianamente pasando; quién sabe cómo demonios trabó copocimiento con un habanero, éste lo enjaretó para que pusieran una fábrica de puros de imitación, le pintó el proyecto gigantesco, le sacó matemáticamente la cuenta de las utilidades, y sucedió lo que acontece, el codiciso y el tramposo pronto se conchaban, metió Manuel cosa de dos mil pesos en dinero, y lo más en la mejor rama que cargaba. Su bribón compañero, en cuanto tuvo una buena existencia de labrados, se fué á expenderla, y Manuel se quedó teniendo la peña, mirando que aquel bribón se alzó con la ancheta, lo anduvo zanqueando, y no teniendo cómo librarse de las garras de su

perseguidor colmó el plato y dió el último golpe, denunció á Manuel en la dirección de tabacos, se colocó en el Resguardo para tener custodiada su persona, le pusieron una buena emboscada, que por poco nos envuelve á nosotros con quien varias veces se juntaba cuando veníamos de fatiga, pues fué sorprendido á las dos ó tres horas de habernos separado, el lance estuvo bien meditado, los esfuerzos de Manuel y sus dos arrieros fueron inútiles, se defendieron lo posible, hasta que cayeron muy mal heridos todos, y en pepestles fueron conducidos á la villa con todo y chincharro. Manuel tenía una pierna clareada por varios balazos, era su situación muy angustiada, y estaba muy grave, por poco le cuesta la vida, porque al desgraciado estado que guardaba, se le agregaba el saber que su casa había sido cateada, y habiéndoles ido á enseñar el habanero dónde se fabricaban los puros, recogieron cuanto encontraron, se extravió cuanto había de valor, y su familia estaba presa é incomunicada. La caída fué redonda, y hasta al cabo de seis ú ocho meses pudo salir sentenciado á dos años de grillete, lo cual no se efectuó porque el desgraciado perdió una pierna que fué indispensable que le amputaran. Se le conmutó la pena en servicio de cárcel, en donde llegó á fungir á poco tiempo de sotaalcaide.

Cayeron en esa época algunos pollos de cuenta que les apesataba el pescuezo á palo seco, no pudieron conquistarlo por la buena y trataron de fugarse. Manuel se los impidió arrojando eminente peligro del cual salió herido de un brazo, y por este servicio le perdonaron la mitad del tiempo de condena, por fin, cumplió su pena, y lo pusieron en libertad.

Aunque nosotros lo auxiliamos en cuanto pudimos en obsequio de la amistad, el pobre se encontró con una pierna menos, un brazo tieso y sin recurso de ningún género, hicimos una subscripción y se le reunieron doscientos pesos, con los cuales puso dos tendajitos en este pueblo, le fían ropa los españoles de la tienda grande, y de tianguis en tianguis anda comerciando por estos contornos con su puesto, mientras que su mujer y cuñada cuidan del tendajo, en la casa que habitan, con el otro se mantiene la madre y tres hermanas por el lado opuesto de la plaza, ha tenido varios atrasos de drogas que le han

hecho, y robos en el camino, y sin embargo, á fuerza de constancia, se va manteniendo muy medianamente.

En cuanto á Camila su cuñada, ya te dije que es una rancherita de las que hay pocas y propia para hacer la felicidad de un hombre de bien. Tacho Reniego, nuestro hermano, le ha atarantado las reglas, la pobre muchacha está muy apasionada y según se me figura ese tunante no conoce su mérito, ni sabe corresponder á su cariño, pues me han contado que está muy endiosado con una catrincilla mexicana que ha ido á parecer en S. Felipe del Obraje; yo no he querido tomar cartas en este negocio, pero francamente, hermano, es necesario aclararle paradas á Tacho, porque este jueguito con dos barajas no podrá nunca tener buen fin, á la larga esta pobre muchacha tiene el pleito perdido si no le vamos á la rienda á ese atarantado; aquélla es rica é ilustrada, descendiente de quién sabe cuántos nobles, mientras que ésta es pobre, ranchera y de humilde condición. Ahora la verás y desde luego te convencerás que aunque no es un sol de hermosura que deslumbre, tampoco es un ente despreciable que se puede dejar así no más sin interesarse por ella, es muy simpática y con su genio franco y jovial cautiva á los que la miran. Aquí en la entrada tienen su tiendecilla y como es la única salida del pueblo para tomar este rumbo, en el instante que pasa alguna fuerza, dan aviso con sólo tender en el corral, si son los de la comisión ó resguardo, por cada cuatro hombres una pieza grande de ropa blanca, y si son tropas, las tienden de color, esa misma noticia que la ve perfectamente tía Ciriaca la transmite en igual forma y en menos de diez minutos se sabe en la Soledad, cuánta fuerza va y de qué clase; cuando es de día, mas si fuere de noche sólo se pone una luminaria que indica á los primeros comisión ó resguardo, y dos si son soldados, lo mismo se hace en la azotea de la troje del rancho y en la barranca del Zopilote y en el puerto están los espejos sobre aviso para darnos noticia por medio de sus cardillos, según sea el rumbo que traigamos y así prevenidos, tomamos sin mayor riesgo el camino de rancho viejo ó el de abajo según nos parece, en todos estos gastos y riesgos nos ha puesto ese maldito Grillo y su cuadrilla, es necesario á todo trance declararles guerra abierta para que no nos

vuelvan á mortificar, que quede esto sosegado y seguro como siempre ha estado.

En esto se aproximaron á la primera casuchilla del pueblo y una huerita que estaba en la puerta, como de cinco á seis años, entró corriendo para adentro llena de gozo gritando: Mamacita, mamacita, ahí está mi tío Pepe con otro señor muy planchado. — Pues anda á abrirles el zaguán corriendo, niña, le contestó la mamá y á pocos instantes la muchachita abrió de par en par una puerta grande contigua á la de la tienda y se le colgó á Pepe del pescuezo luego que éste se apeó llenándolo de besos. — Abraza á este otro señor, Conchita, le dijo Pepe, también es tu tío. Ella miraba á Astucia dudosa pero él la alzó en brazos diciéndole: — Tu tío y muy tu tío, chula, y se metieron para la salita dándoles orden á los arrieros de que desensillaran diciéndoles adónde debían poner las sillas, el equipaje y colocar á los animales. Aunque toda la casa demostraba una humilde pobreza, el mucho aseo que había en ella la hacía parecer bonita, todo estaba muy limpio, multitud de pájaros silbaban en las jaulas y porción de macetas de todas clases y tamaños embellecían el corredorcito, en la sala estaban colocados algunos canapécitos de tule, un nichito con una Trinidad en una rinconera, una mesa con recado de escribir en un extremo, varios cuadritos con marcos de hoja lata adornaban las paredes, algunas sillas también de tule y el estrado lo formaba un petate de seis ú ocho varas, de palma figurando cocolitos blancos y encarnados. Cuando acabaron de entrar y empezaban á sentir el saludable fresco que allí se disfrutaba, se presentó Mariquita, la mujer de Manuel y madre de Concha con un chiquillo como de un año cargado en los brazos, abrazó á Pepe con la mayor cordialidad y éste le dijo: — Mariquita, te presento á nuestro Jefe, á mi hermano Astucia que hasta ahora ha podido venir por estos andurriales. — Conóceme vd. por su criada, caballero, tengo mucho gusto en conocer á tan buena persona. — El gusto es para mí, señora, estoy á sus órdenes y cuénteme en el número de sus servidores. — Nada de desperdicios, dijo Pepe, abrázala, Astucia, y trátense con la franqueza de buenos amigos, de antiguos conocidos. Y los hizo abrazarse. — ¿Adónde anda esa chachalaca

de Camila? — En el tianguis, es día de plaza y se fué con la molendera á habilitarse de recaudo, ya no debe dilatar, y á todo esto, ¿ya almorzaron? — Nos desayunamos muy tarde y mal en la Soledad y más bien por dormir que por comer nos cortamos paca acá, sino que antes de acostarnos, quiero que vayamos á la plaza á hablarle á Manuel, cuando volvamos echaremos un taco y nos entregaremos á Morfeo, conque vamos, Astucia, con eso estiramos las cuerdas, ya volvemos, Mariquita, no nos dilatamos. Y se fueron para la plaza; á medio camino vió venir Pepe á Camila con los brazos extendidos hacia adelante haciéndose sombra con el rebozo y dejando ver una cascada de la india con que cubría su pecho, una delgada cintura ceñida con un ceñidor fino, luciendo las citarillas y ondas de las enaguas blancas muy limpias debajo de otras de muselina azul y dejando ver un diminuto pie que parecía preso en un zapato de mahón negro muy ajustado.

El callejón era angosto y estaba bastante lleno de lodo, no teniendo an-lable más que una vereda junto á la cerca de magueyes por donde afilados transitaban los de á pie. Luego que Pepe la vió venir, se ocultó en un maguay y le dijo á Astucia: — En cuanto esté á tiro, me la espantas para acá, voy á darle un sustito.

Astucia se paró frente á Pepe á cierta distancia dejándole libre la vereda y conforme se fué acercando, le fué estrechando el camino, ella le echó furtivamente una mirada y por atender á él, no advirtió á Pepe medio oculto en el maguay por el lado contrario, casi se tapó la cara con el rebozo y al estar enfrente de Astucia, que más y más le cerraba el camino y fijaba la vista, apretó el paso de una manera muy violenta como para escaparse de alguna llaneza, previniendo un puño cerrado para darle un buen manazo si se atrevía á tocarla, á pesar de que al verlo tan plantado y formal no le dió mucho cuidado, ya se consideraba fuera de su alcance, cuando Pepe le cogió el rebozo y se lo estiró tan violentamente que no pudo la pobre azorada retenerlo; volviéndose llena de cólera para aquel lado, alzó el brazo diciendo: — *Malkaya lu...* — ¿La qué mi vida? pedazo de atarria, le contestó Pepe soltando una carcajada; le tiró á Astucia el rebozo hecho bolita, ella al

conocer al atrevido, cambió de semblante y tono, le dió unos cuantos manazos diciendo:

— De veras que es vd. el Diablo, D. Pepe, y á más que Diablo, un buen ocioso; preste mi rebozo, no sea malcriado, que el sol me cala. Pepe por única contestación repetía sus carcajadas al ver su cólera y luego su apuro, poniéndole las costillas para recibir los manazos que le daba, hasta que le contestó: — Yo no lo tengo, mujer; ¿qué rebozo ni qué cuernos!

Entonces, volviendo la cara para donde estaba Astucia, vió que lo tenía en una mano y que se estaba sonriendo; á pesar de que comprendió que Astucia era una persona de la confianza de Pepe, no se atrevió á pedirselo, sino que con seriedad le dijo: — ¿Es posible, caballero, que vd. permita que este maldito Diablo se burle de mí y que me esté asoleando?

— Ponte mi sombrero, prenda mía, no permita Dios que te vayas á tostar, respondió Pepe poniéndole el sombrero; ¿qué así saludas á tus buenos amigos, á manazos? es capaz que ese charro se figure que todavía eres cerrera, según las manotadas que repartes y lo arisca que te muestras. — Eso es, corrija la palabra, tráteme de mula después que me ha pegado un buen susto.

— Ya se fué quien lo dijo; dame un abrazo de amigos; saludá á este señor que es nuestro hermano; míralo qué guapetón, es Lencho Astucia, nuestro jefe, y te vas á disponernos un bocado mientras vamos á la plaza á saludar á Manuel. Ella abrazó á Pepe y luego le dijo á Astucia: — Conózcame vd. por su criada y servidora, señor. — Yo lo soy de vd., niña, y me alegro infinito de conocerla.

— Abrázalo y no se anden con cumplimientos, dijo Pepe á tiempo que la empujaba contra su compañero. Ella lo abrazó sin ceremonia. — Ese abrazo es de reconocimiento, ahora, Astucia, dale uno de hermanos: yo te cantaritos, con quien querubines casaca, esa tepistoca. Camila se dejó abrazar poniéndosele el rostro muy encendido al oír las palabras que decía Pepe, y luego, como si no las hubiera comprendido, tomó su rebozo, devolvió á Pepe su sombrero y les dijo con tono cariñoso: — Vayan á ver á Manuel, pero no se dilaten, que yo entretanto, alistaré el almuerzo; hasta luego. Y

seguida de una india que llevaba un gran canasto con verdura y otras cosas de recaudo, y la que, durante aquella escena, se había quedado muy sorprendida, siguió su camino precipitada riéndose de cuando en cuando del buen susto que llevó; Astucia y Pepe se dirigieron á la plaza haciendo mil elogios de la asustada Camila, quien por su juventud, figura y sobre todo, genio bullicioso y alegre, simpatizaba desde luego, á la vez que se dejaba traslucir su sencillez y buena índole.

En una mesa con su toldo de manta tenía Manuel su ancha de pañitos, mascaradas, géneros blancos y otros efectos de lenjería, estaba apoyado sobre dos muletas y rodeado de marchantes; le hablaron los recién llegados, le presentó Pepe á su jefe con quien se mostró cordialmente muy complacido: después compraron fruta y algunas chácharas de mercería y se volvieron para la casa. Concha constantemente salía á asomarse hasta en medio de la calle y no valía ni el que la regañara su mamá; así que vió venir, corrió llena de gozo á su encuentro. Astucia le dió unos aretitos y algunos juguetes, acabando de granjearse su aprecio al presentarle una hermosa muñeca de á cuatro reales: la chiquilla no hallaba qué hacer, todo lo veía á un tiempo, abrazaba las piernas de Lencho diciendo:

— Ahora sí creo que es vd. mi tío Astucia. — Sí, chula, tu tío y muy tu tío, pregúntaselo á esa muñeca. En seguida le dió muchos abrazos y besos y arrancó á enseñarles todo á su mamá y demás gentes de la casa, gritándoles desde la calle:

— ¡Miren! ¡miren cuántas cosas bonitas me ha comprado mi tío Astucia! y no cesaba de brincar de gusto. En la sala estaba ya puesta la mesa, y se fué presentando Camila con unas enaguas de castor, sin rebozo, trayendo un par de cazuelas y la molendera con otras mandándoles á todos que se sentaran. El almuerzo estuvo muy bien servido y condimentado; durmieron los huéspedes hasta las seis de la tarde, hora en que mandaron ensillar sus caballos y continuaron su viaje á las siete de la noche, quedando Astucia muy prendado de Camila, y si no hubiera sido porque le dijo Pepe que era la novia de Tacho Reniego, seguramente se habría enamorado de

ella. Ya que habían andado como un cuarto de legua, escucharon que por el centro de la cañada que tenían que bajar, venía alguien silbando el Canelo; se paró Pepe en la entrada del carril y le dijo á Astucia: — Por ahí viene Tacho á decir adiós á su adorado tormento; se ha de haber cortado por el Tejoté, y mañana, sin duda, estarán las mulas en la Soledad; ni remotamente ha de suponerse que andamos por aquí; vamos á darle un susto: ocúltate allí, en esos mogotes y cuando yo grite, sales. A un tiempo se desviaron del camino Astucia y los arrieros, Pepe se situó en otro breñal de enfrente. Tacho venía en una mula de las de los arrieros disfrazado con manguillos y rodilleras; luego que entró al carril cruzó la pierna sobre la cabeza de la silla y siguió al sobrepasito de la mula, silbando con mucha tranquilidad su Canelo; al llegar frente de donde estaba Astucia, empezó la mula á orejear y á recatarse; Tacho quiso bajar la pierna para meterle las espuelas, y á ese tiempo le aventó Pepe el sombrero á la mula por las manos, la cual dió una revuelta tan fuerte y precipitada que no le dió tiempo á Tacho para acomodarse, y perdiendo el equilibrio, cayó de cara sobre el sombrero de Pepe, quien apareció en ese instante gritando con voz áspera: — ¡Abajo esa rata!

La mula destapó para atrás y Pepe arrancó tras ella para atajarla. Allá medio atarantado Tacho se paró precipitado, acabando de confundirlo el verse rodeado por otros bultos que salieron por distinto lado; alzó el sombrero de Pepe, y á pesar de tener el suyo puesto y afianzado con el barbiño, hacía ímpetus de ponérselo encima, mientras con la otra mano se buscaba en la cintura alguna arma, pero por su desgracia nada llevaba, pues al disfrazarse, todas las había dejado con sus avíos en la caja de la bodega; como aquellos bultos se le acercaban más, se cubrió la espalda contra un tronco y meneando el sombrero de Pepe para uno y otro lado, decía lleno de sorpresa: — Al que se acerque le suelto un tiro.

En eso volvió Pepe con la mula lazada, y al oír sus amenazas, le dijo: — No vaya á hacer una fechoría, amo; esas armas las carga el diablo. Y á un tiempo todos soltaron las carcajadas, que á pesar de serle conocidas y principalmente las de

Pepe, en vez de inspirarle confianza lo llenaban de terror; por fin, la mula que trajo Pepe, reconoció á las otras y les relinchó; las nubes que habían ocultado la luna por un momento se desvanecieron, y aclarándose un poco la noche, conoció Tacho á Astucia al verle relumbrar los adornos de plata de su chamarra, y soltando á la vez una estrepitosa carcajada, dijo mirando el sombrero que tenía en la mano: — De veras que estas armas las carga el Diablo. Y se arrimó á Pepe para darle su sombrero y montar en su mula.

— Qué, ¿te asustaste, mi alma? le preguntó Astucia dándole un manacito en el hombro. — Sí, Papacito, le respondió, se me figuraron negros con tranchetes. — ¿Adónde te separaste? — Desde tierra Colorada. — ¿No ha habido novedad? — Únicamente el susto que me han dado vds. — Pues anda, y memorias á cierto dedo. — Ja, ja, ja. Y cogió su camino. Se le acercó Pepe diciéndole: — Cuidado con el Diablo, jovencito. Dile á tu adorado tepalcate que hoy ha sido día de sustos para Clavellina y Juan de amor, que no vaya á ser que el Diablo trastorne el matrimonio. Adiós, límpiame el rostro que tienes lleno de tierra. — Ja, ja, ja, ya me la pagarás, bribón, lo mismo que el tal Astucia. — Adiós, señor amo, dijeron los arrieros, ja, ja, ja. — Vds. también se ríen, taimados, ya se ven tienen razón, ja, ja, ja, y prosiguió riéndose de su descuido, que al contarle en la casa hizo perecer de risa á Manuel y su familia, y principalmente á Camila que se carcajeaba con muchas ganas por cualquier cosa.

Cuando pasaron nuestros caminantes por el puerto, á la madrugada, recibieron de los cardillos las noticias de la tierna despedida que el Grillo con sus diez cachorros le hizo á su pariente D. Gaspar, las direcciones que tomaron y de cómo se llevaron á su capitán herido. Prosiguieron su camino sin haber tenido inconveniente ni cosa notable hasta el punto nombrado tres caminos, cerca del guarda de cerro gordo; cuando iban más entretenidos los sorprendió el grito aterrador de un hombre con la cara cubierta con una mascada negra que les marcó el alto, se acercaron otros con los mosquetes preparados y también cubiertos los rostros, preguntando: — ¿Quién vive? Pepe respondió con mucho enfado: — Los Hermanos de la

Hoja. Y cual si su respuesta los magnetizara no se movieron de aquel sitio, entonces Pepe alzándole la rienda á su caballo lo despachó con fuerza sobre el que por sus trazas parecía el capitán de aquellos bandidos diciéndole: — ¿Cómo te has atrevido, miserable, á estorbarnos el paso, y marcarnos el alto? ¿Así cumples, grandísimo bribón, con nuestras órdenes? — Vds. me perdonen, caballeros, respondió aquel hombre enderezándose en la silla y alzándole la rienda á su caballo que al encontronazo que llevó trastabilló un gran trecho, se quitó el sombrero con muestras de humildad, descubrió la cara prosiguiendo: — Como no es este el camino que transitan sus mercedes, creí que serían algunos hacendados ó vecinos acomodados del valle de Santiago. — ¿Cuánta distancia hay de aquí al camino viejo de cerro grande? — Señor, hay como dos leguas. — ¿Y no le tenemos prevenido, señor mío, que de tres leguas abajo nos deje libre el tránsito? quedábamos frescos, conque ahora, faltando á lo que se le manda, nos quiera imponer la ley. Mira, Astucia, conoce bien á ese bribón, al mentado Gachupín Abraham de los Reyes, y tú también, mentecato, mira bien al jefe de los Hermanos de la Hoja, de los charros comerciantes de la rama. Si vuelve á acontecer que desobedezca nuestras órdenes, pocos son los árboles de este monte para colgarlos á todos; lárguense por allá abajo antes que se me hinchen las narices, no se nos vaya á antojar estirar un poco nuestras reatas.

— Con permiso de vds., dijo el Gachupín, y muy cortado tomó la cuesta abajo seguido de los otros dos, y cuatro ó seis que estaban emboscados á corta distancia. — De buena hemos escapado, dijo uno de aquellos bandidos. — ¿Pero en qué pensaste, Gachupín, para mandarnos dar el golpe? — Hombre, la verdad, ese maldito Ratón tiene la culpa, pues me dijo desde que los divisó que eran gentes extrañas. — Pero tú, Cantarito, por qué cuando les diste el alto y viste que no se sorprendieron, ¿por qué no nos hiciste alguna seña y destapaste para el zacatonal?

— Porque yo tampoco los conocí; el amo D. Pepe está de cuerudo, y ese señor Astucia venía por delante, y la verdad la verdad, que al verlo tan plateado, y esos caballos encamisados tan lindos, me estaban dando ganas de soltarle un tiro en un

descuidito, no son más que cuatro, y nosotros nueve, era partido que se debía haber jugado. — Cómo se conoce, dijo otro, que hablas de copas, yo estoy seguro que si se les antoja retozar, nos envuelven á todos, tú no sabes quiénes son estos charros, con la mayor frescura cuelgan al más pintado, y como traen muy buenas armas, montan magníficos caballos y no se tientan el corazón, pobre de aquel á quien metan puntería, que no se les escapa; son muchos, todos hermanables, y tarde ó temprano se salen con la suya, pregúntale á Mano larga qué le sucedió al Ganzo y sus compañeros en el pinal del Chico, lo que nunca han podido hacernos las comisiones ni la tropa, lo hacen estos señores por vía de pasatiempo, es mejor huirles el bulto y no meterse con ellos porque tienen unas chanzas muy pesadas, y son amiguísimos de estirar sus reatas con el peso de un hombre, es necesario tomar nuestras precauciones porque si no tenemos el cuento perdido.

Así que se perdió de vista Abraham de los Reyes con sus compañeros, prosiguieron Astucia y Pepe su camino riéndose del chasco del Gachupín que por no comprometer un lance y no saber con cuántos tendrían que habérselas, se conformó Pepe con darle un caballazo é intimarle sus órdenes.

También Abraham no se atrevió á llevar adelante la sorpresa ni hacer ninguna demostración hostil, porque supuso desde luego que muy pronto llegarían los demás charros, tal vez no les alcanzaba el tiempo, y era casi segura su derrota.

## CAPÍTULO XII

El Capullo de mañosos. — Un apretón. — La señorita. — El bulldog  
El supuesto Gaviño. — La limosna. — Lo que piensas te hago.  
Caridad. — D. Polo. — Comer trigo. — Consejo definitivo.

Atravesando esa cordillera de montes, instruyendo Pepe á su jefe de todos los sitios de paraderos, veredas excusadas y sabanas, fué dándole á conocer con todos sus marchantes y agentes de seguridad que tenía puestós en varias partes para servir de espejos; chocándole mucho no haber encontrado por sus comederos á los macutenos del rumbo de Ameca, ni á los de las calaveras del de Morelos, lo mismo que á los de Jantetelco y Jonacate que merodeaban hasta Teletela de los volcanes, llegando sin ningún tropiezo al pueblo de Tochimilco, en donde á causa de estar en vísperas de la fiesta titular, quiso Pepe que se detuvieran á divertirse ese día, habiéndolo alborotado el Sr. Hernández amigo suyo en donde se alojaron esa noche, comenzó la diversión con las luces, procesión del Rosario, loas y retos con que estuvieron bastante distraídos y contentos. Al otro día, después de la solemne función de iglesia y almorzar, se fueron los dos para la plaza de gallos en donde fué mirando Pepe toda la flor y nata de los mañosos. — Con razón no nos encontramos á estos pajarracos cantando por esas selvas, si aquí están juntitos ostentando su habilidad; mira, Astucia, nos ocultaremos un poco mientras te digo quiénes son estos bichos para que los conozcas. Mira, aquél de sombrero de palma con toquillas de armino y listones encarnados en los amarres, corbata roja, y chaqueta de lienzo, es español conocido por *Paco el curro*, merodea en el camino de Morelos en unión de su querida, que es esa trigueña que está á su lado llena de alhajas, á la que le dicen unos la *Manflora* y otros la *Barragana vieja*, lo mismo que ése del